De una promesa a una vida

Luis, un niño de ocho años, queda como siempre con sus amigos en el parque. Juegan en los columpios, al pilla-pilla, riéndose con la inocencia de quien aún no conoce el peso del mundo. No imaginan que, en ese mismo instante, en otros lugares hay guerras, niños que trabajan en lugar de jugar, pequeños que pasan hambre y personas que mueren sin un porqué.

Ellos, sin embargo, ríen con la ingenuidad del no saber, con la curiosidad de la niñez y esa sonrisa sincera que solo un niño puede ofrecer.

Pero Luis es, quizá, un poco más curioso y maduro que sus amigos. Mientras juegan, él se fija en una señora que siempre está sentada en el mismo banco, dibujando en una pequeña libreta. Los niños se quedan quietos mirándola.

— Esa señora es muy rara — comenta uno —. Mi madre me dijo que no me acercara, que está loca y dice cosas extrañas.

— Pues a mí me parece una señora normal que está dibujando. ¿Por qué dices eso? — pregunta Luis, con ojos curiosos y abiertos.

— ¡Vamos a hablar con ella! A ver qué está dibujando.

Sus amigos se niegan, pero Luis se acerca a la anciana.

— ¿Qué dibuja? — le pregunta.

Ella, sorprendida, le dedica una tierna sonrisa.

— Este pueblo.

— Pero si esto no es un pueblo, ¡es una ciudad! — responde Luis.

La mujer ríe y añade:

— Lo sé. Pero antes era un pueblo, un lugar pequeño con apenas doscientas personas.

— ¡Guau! Erais muy pocos — dice Luis, asombrado —. Oiga… ¿y por qué siempre está aquí sentada? Siempre que vengo al parque está sola. ¿No se aburre? ¿Quiere venir a jugar con nosotros? Yo puedo enseñarle si quiere.

Ella, divertida, responde:

— Gracias, hijo, pero estoy muy bien aquí, junto a mi naranjo. ¿Ves este árbol? Tiene casi tantos años como yo; es el más antiguo que queda en la ciudad. Antes, aquí había un parque distinto al tuyo. El de mi infancia era pequeño y de madera. Desde niña venía y me sentaba

en este mismo banco, bajo este mismo naranjo. Dibujo lo que solía ser: un lugar lleno de flores, plantas y árboles que daban vida al pueblo.

— Suena muy bonito. Ojalá ahora también fuese así, con tantos colores… Seguro que algún día vuelve a serlo.

En ese momento aparece la madre de Luis.

— ¡Luis, vámonos, que es tarde!

— ¡Hasta mañana! — se despide él, corriendo.

Al día siguiente, la anciana no está. Luis se preocupa. Dos días después, la ve sentada en el banco con su libreta y corre hacia ella.

— ¿Por qué no vino? Usted nunca faltaba.

Ella suspira.

— ¿Ves ese naranjo? No le queda mucho tiempo; está enfermo, igual que yo. Cuando yo me vaya, él se irá conmigo.

Luis, con los ojos llenos de inquietud, pregunta:

— ¿Y cuándo la podré ver? Vendrá algún día, ¿verdad?

— Donde haya un naranjo, allí estaré — le responde ella con una sonrisa amplia.

— ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y usted cómo se llama? Nunca me lo dijo.

— Me llamo Dolores, y sé tu nombre porque te escucho jugar con tus amigos — explica.

Hablan largo rato. Ella incluso le hace un retrato y, antes de irse, Luis pregunta:

— ¿Qué puedo darle a cambio? No tengo mucho dinero, pero si quiere le pido a mi mamá…

— No, hijo. No quiero dinero. Solo prométeme que te acordarás de mí, que plantarás un naranjo y harás lo posible para que esta ciudad vuelva a tener color, como mi pueblo.

— Se lo prometo, señora Dolores. Haré que la ciudad brille como su pueblo… y tendrá muchos naranjos.

La abrazó y se marchó con el dibujo.

Al día siguiente, la anciana no estaba. Luis miró el banco vacío, observó el naranjo y notó que el sol ya no buscaba sus hojas ni el viento jugaba entre ellas. Entendió que nunca volvería a ver a Dolores.

Los años pasaron. Luis creció, estudió Ciencias Políticas y, con el tiempo, se convirtió en alcalde.

Un día, buscando unos documentos en su despacho, cayó a sus pies una hoja vieja, amarillenta y arrugada: su retrato de niño. En un instante volvieron a su mente las palabras de Dolores y la promesa que le hizo.

Con lágrimas en los ojos, decidió cumplirla. Y hacer de esa ciudad la mejor para todos, llena de vida.

Ordenó colocar cestas de flores en las aceras: rosas, amarillas, rojas, blancas… de todos los colores. Llenó los parques de cerezos, camelias y rosales. Decoró la ciudad envolviéndola en miles de colores. La ciudad se transformó en un mosaico colorido y alegre.

Asignó a las escuelas una hora semanal de cuidado ambiental: recogida de basura, plantación en huertos urbanos, aprendizaje sobre el planeta. Instaló paneles solares comunitarios y aprovechó la energía eólica. Rehabilitó edificios abandonados para convertirlos en refugios para personas sin hogar y animales.

Amplió los parques e hizo que todos fueran accesibles: columpios adaptados, asientos mecánicos en los toboganes, rampas en aceras, semáforos sonoros, más iluminación. Añadió carriles bici, mejoró el transporte público, aumentó los puntos de reciclaje, prohibió las bolsas de plástico y sancionó a quien contaminara.

Unió esfuerzos con asociaciones para impartir charlas en centros educativos y concienciar a las nuevas generaciones. Incorporó carteles en braille en las paradas y rampas en todos los autobuses. Restauró los barrios viejos y transformó los muros de grafitis en murales llenos de color.

En el centro, mandó pintar uno con personas diversas: una ciega, otra en silla de ruedas, gente de distintas culturas y religiones. Debajo, un mensaje**:** *"Por dentro todos somos carne y hueso. Todos compartimos el mismo interior y los mismos derechos".*

Y, sobre todo, en el parque donde jugaba de niño, plantó un naranjo. Justo al lado del banco donde se sentaba Dolores, colocó una estatua de la mujer con su libreta en la mano, para que fuese recordada por siempre. Finalmente, renombró el parque como *"Parque de doña Dolores"***.**

Cumplió la promesa que hizo de niño: aquella ciudad apagada y monótona ahora tenía vida y color.

Lo que un día fue una promesa, se convirtió en vida.